

unos se afrancesan, como los otros se latinizaban, á viva fuerza y con cierta especie de temor, convencidos de que no son más que aprendices y provincianos. Uno de sus mejores poetas, Gower, al final de sus obras en francés, se disculpa humildemente por no tener «la facundia del francés.—Perdonadme (dice), soy inglés».

Después de todo, sin embargo, ni la raza, ni la lengua han perecido. El normando tiene que aprender el inglés para comunicarse con sus terratenientes; su mujer, la sajona, le habla inglés, é inglés oyen sus hijos en los labios de su nodriza: fuerte es el contagio, puesto que se ve en la precisión de enviarlos á Francia para librarlos de la jerga que amenaza invadirlos en sus dominios. De generación en generación, el contagio se propaga: se respira en el aire, en las cacerías con la gente del monte, en los campos con los colonos, en las embarcaciones con los marineros; porque claro es que esa gente tosca, sumida del todo en la vida corporal, no va á aprender una lengua extraña, sino que, al revés, por el simple peso de su torpeza, impone su idioma, al menos en lo tocante á las palabras vivas. Nada se opone á que los términos eruditos, la lengua del derecho, las expresiones abstractas y filosóficas, todas las voces, en fin, del dominio de la reflexión y de la cultura, sean francesas, como así sucede: esa clase de ideas y esa clase de lengua están por encima de la gran masa, que, no pudiendo tocarlas, no puede alterarlas; todo eso constituye francés, francés colonial sin duda, estropeado, mascullado, pronunciado con una contorsión de gazarate «á la moda, no de París, sino de Stratford-at-Bow»; pero, así y todo, es francés. A la inversa, por lo que atañe á los actos usuales y á los objetos sensi-

bles, quien los nombra es el pueblo, el sajón: esos nombres vivos están demasiado arraigados en su experiencia para que los deseche, y así, toda la sustancia de la lengua procede de él. He ahí, pues, al normando hablando y entendiendo inglés, lentamente y á la fuerza: un inglés deformado, afrancesado, pero un idioma, al fin, de cepa y savia inglesa. Le ha costado tiempo, doscientos años: bajo Enrique III acaba de formarse el nuevo idioma, á la vez que la nueva constitución, y del mismo modo, por alianza y mezcla. El estado llano toma asiento en el Parlamento con los nobles, al par que las palabras sajonas toman puesto en la lengua juntamente con las palabras francesas.

V

Así se forma el inglés moderno, por transacción y por necesidad de entenderse. Pero ya se adivina que aquellos nobles, á pesar de hablar el naciente lenguaje, han conservado su alma llena de las ideas y aficiones francesas; Francia sigue siendo la patria de su espíritu, y la literatura que empieza no es más que una traducción. Traductores, copistas, imitadores; no hay otra cosa. Inglaterra constituye como una lejana provincia que es, con respecto á Francia, lo que eran los Estados Unidos, treinta años ha, con respecto á Europa: exporta lanas é importa ideas. Abrid los *Viajes* de sir John Mandeville (1), el más antiguo pro-

(1) Escribe hacia 1356, y muere hacia 1372.

sista, el Villehardouin del país; su libro no es más que la traducción de una traducción: «Sabréis, dice, que yo he pasado este libro del *latín* al *francés*, y le he vuelto á pasar del *francés* al *inglés*, para que puedan entenderlo todos los hombres de mi nación (1).» Escribete ante todo en latín, que es la lengua de los doctos; después en francés, que es la lengua de la alta sociedad; por fin, cambia de dictamen, reflexionando que los barones, sus compatriotas, en fuerza de habérselas con jayanes sajones, han dejado de usar su habla normanda, y que el resto de la nación no la ha sabido nunca; entonces transcribe su manuscrito en inglés, y por remate, se cuida de esclarecerle, comprendiendo que habla á inteligencias menos despiertas. «Aconteció una vez, dice en francés (2), que Mahoma iba á una capilla donde moraba un santo ermitaño. Entró en la capilla donde había una puerta pequeña y baja, y era muy pequeña la capilla, y luego la puerta se volvió tan grande que parecía como si fuese la puerta de un palacio.» Se detiene, medita; quiere explicarse mejor para los lectores de ultramancha, y dice en inglés: «Y cuando entró Mahoma en la capilla, que era pequeña y baja, y no tenía más que una puerta pequeña y baja, entonces la entrada empezó á hacerse tan grande, tan ancha y tan alta que parecía como si hubiese sido la entrada de un gran monasterio ó la puerta de un palacio.» Veis que amplifica, y se cree en el caso de machacar tres ó

(1) El orden de las lenguas varía según los manuscritos. Es muy probable que Mandeville escribiese desde el principio en francés, y aun quizá que no escribiese más que en francés. Según el parecer de Nicholson y otros varios, el inglés y el latín no serían mas que traducciones hechas por mano distinta.

(2) Texto francés, impreso en 1487. Bibl. imperial.

cuatro veces seguidas sobre la misma idea para meterla en un cerebro inglés; la expresión se ha alargado; se ha hecho más pesada, y se ha estropeado de camino. Como toda copia, la nueva literatura es muy mediana, y reproduce la vecina con méritos menores, y mayores defectos.

Veamos, pues, lo que nuestro barón normando va á hacer que le traduzcan. Ante todo, las crónicas (1) de Godofredo Gaimar y de Roberto Wace, que son la historia fabulosa de Inglaterra, continuada hasta el día: vulgar rapsodia rimada, traducida en inglés por otra rapsodia no menos vulgar. El primer inglés que hace el ensayo es un sacerdote de Erneley, Layamon (2), enredado todavía en el idioma añejo, que tan pronto acierta como no acierta á rimar; hombre completamente bárbaro é infantil, incapaz de exponer un pensamiento enlazado y que balbucea frases cortas, atropelladas ó incompletas, á la manera de los antiguos sajones; después de él, un monje, Roberto de Gloucester (3), y un canónigo, Roberto de Brunne (4), los dos tan insípidos y tan claros como sus modelos franceses (5); en esto se han afrancesado y han adquirido las cualidades distintivas de la raza, es decir, el hábito y el don de contar con soltura, de ver los obje-

(1) Sabido es que la fuente en que bebió Wace para escribir su *Historia de Inglaterra*, es la compilación latina de Godofredo de Monmouth.

(2) *Extract from the account of the Proceedings at Arthur's Coronation, given by Layamon.*

(3) Después de 1297.

(4) Terminado hacia 1339. Su traducción del *Manual de los pecados*, de Guillermo de Waddington, es de 1303.

(5) Aldis-Wright, en su edición de Roberto de Gloucester, estima que la crónica atribuida á este monje es de dos ó varios autores sobre los cuales no se sabe nada.

tos conmovedores sin profunda emoción, de escribir poesía prosaica, de discurrir y explanar, de creer que frases terminadas en sonidos semejantes son verdaderos versos. Los buenos de nuestros versificadores ingleses de ultra-Mancha, como sus preceptores de Normandía y de la Isla de Francia, guarnecen de rimas disertaciones é historias que llaman poemas. Con efecto; en el continente, toda la enciclopedia de las escuelas descende así á la calle á la sazón, y Juan de Meung, en su poema de la *Rosa*, es el más enojoso de los doctores. Aquí, de igual suerte, Roberto de Brunne traduce en versos el *Manual de los pecados*, de Guillermo de Waddington; Adam Davy (1) versifica historias sacadas de la Escritura; Hampole (2) compone el *Aguijón de la conciencia*. Sólo los títulos hacen bostezar; ¡qué será el texto! «Nosotros hemos sido creados para obedecer la voluntad de Dios, y para cumplir sus santos mandamientos. Porque de todas sus obras, grandes ó pequeñas, el hombre es la criatura principal. Todo lo que hizo lo hizo para el hombre, como vais á ver en seguida (3).» Es un poema, aunque no lo habriais adivinado; llamadle sermón: es su verdadero nombre. Así continúa, prolongándose respetablemente, límpido y vacío. La literatura que le rodea

(1) Hacia 1312.

(2) Hacia 1349.

(3) Mankynde mad ys to do Goddus wille,
Und alle hys byddyngus to fulfille.
For of al hys manking more and les,
Man most principal creature es.
Al that he made, for man hit was done
As ye schal here after sone.

Hasta el siglo XVI la ortografía varía según los autores y editores.

y se le parece delata su origen por su palabrería y su lisura.

Le delata también por otros caracteres más agradables. Hay alguna vez excursiones más ó menos felices al dominio del ingenio, v. gr., una balada con juegos de vocablos contra Ricardo, rey de los romanos, prendido en la batalla de Lewes. Entonces no falta la gracia, ni tampoco la dulzura. Nadie ha hablado tan pronto y tan bien á las damas como los franceses del continente, y, al establecerse en Inglaterra, no han olvidado del todo ese talento. Se ve al punto en su manera de celebrar á la «Madona»; nada más distinto del sentimiento sajón, completamente bíblico, que la adoración caballeresca de la Dama soberana, de la santa y encantadora Virgen, que fué el verdadero Dios de la Edad Media. Respira esa adoración este himno (1).

«Bendita seas, Señora, llena de delicias celestes, suave flor del paraíso, madre de dulzura. Bendita seas, Señora, tan radiante y tan bella; en ti se cifra toda mi esperanza, día y noche...» No hay más que un paso, un paso bien pequeño y bien fácil de dar, entre ese tierno culto de la Virgen y los sentimientos de las cortes de amor; los rimadores ingleses le dan; y cuando quieren alabar á las damas terrestres, toman, aquí como antes, nuestras ideas y aun las formas de nuestros versos. Uno compara su dama á toda clase de piedras preciosas y de flores. Otros cantan verdaderas canciones amorosas, á veces sensuales: «Entre Marzo y Abril (2), cuando las ramas empiezan á bro-

(1) Tiempo de Enrique III. *Reliquiae antiquae*. Edición de Th. Wright y Halliwell.

(2) Hacia 1278. (*Ritson's Essay on national Song. Ritson's ancient Songs.*)

tar, y los pajarillos sienten deseo de entonar sus canciones, me entrego á las ilusiones de mi amor hacia el más gracioso de los seres. Ella puede depararme delicias; yo me sujeto á su albedrío. ¡Venturosa suerte la mía! Creo que es un don del cielo. Mi amor se ha apartado de todas las mujeres para posarse en Alison.»

—«Con tu amor, dice otro, dulce adorada, harías mi felicidad; un dulce beso de tu boca sería mi curación.»

¿No se ve aquí la viva y ardiente imaginación del Mediodía? Hablan de la primavera y del amor, «del tiempo hermoso y despejado», como troveros, y aun como trovadores. La sucia cabaña ahumada; el sombrío castillo feudal, donde, excepto el señor, todos duermen revueltos sobre paja en la gran sala de piedra; la lluvia fría, la tierra enlodada, todo contribuye á hacer deliciosa la vuelta del sol y del aire tibio. «Ha venido el verano. ¡Canta, cuclillo! Crece la hierba, la pradera florece, y el bosque se cubre. Canta, cuclillo. La oveja bala por el cordero; la vaca muge por el becerro. El toro se estremece; el corzo va á cobijarse (en los helechos). Canta alegremente: ¡cucú, cucú, cucú! Bien cantas, cuclillo. No dejes ahora de cantar.»

He ahí pinturas, como las hace en ese momento Guillermo de Lorris, y aun más ricas y vivas, quizá porque el poeta ha encontrado aquí por apoyo el amor al campo, que en este país es profundo y nacional. Otros, más imitadores, intentan chistes como los de Rutebeuf y los *fabliaux*, malicias cándidas (1), y hasta picardías satíricas. No hay que decir que se trata de emprenderla con los frailes. En todo país francés ó que imita á Francia, el destino más visible de los conventos es

(1) Poema sobre el Buho y el Ruiseñor, que disputan sobre quién tiene una voz más bonita.

suministrar materia para cuentos alegres y picantes. Se trata de la vida que se lleva en la Abadía de Pipiripao. «Todos los muros son de pasteles de carne, de pescados, de ricas viandas, las más gustosas que puede comer el hombre; las tejas son tortas de flor de harina; las almenas son sustanciosos pudings. Por alegre y risueño que sea el paraiso, más hermoso país es Pipiripao.» Hasta aquí el triunfo del estómago y de la pítanza. Añadid que al lado hay un convento de «monjas jóvenes», que en los días calurosos de verano toman una barca y bajan el río «para aprender una oración» que se podía puntualizar en la Edad Media, pero por la cual hay que pasar hoy como sobre ascuas.

Sin embargo, lo que prefiere el barón que le traducían son los poemas caballerescos, porque le pintan hermoseedada su propia vida. Como despliega magnificencia y ha importado el lujo y los goces de Francia, quiere que su cantor se los ponga delante de los ojos. La vida entonces, fuera de la guerra y aun durante la guerra, es una gran parada, una especie de fiesta brillante y tumultuosa. Cuando viaja Enrique II (1), lleva consigo multitud de caballeros y de infantes, carros de bagajes, tiendas, cómicos, cortesanos, prebostes de cortesanas, cocineros, confiteros, bufones, bailarines, barberos, rufianes, parásitos; por la mañana, al ponerse en movimiento, toda esa muchedumbre grita, canta, se atropella y arma una gresca y una zambra, «como si se hubiese desencadenado el infierno». Guillermo Longchamps, aun en tiempos de paz, no viajaba más que con una escolta de mil caballos. Cuando el Arzobispo Becket vino á Francia, hizo su entrada en la ciudad con doscientos caballeros, una porción de

(1) Carta de Pedro de Blois.

barones y de nobles, y un ejército de servidores, todos ricamente armados y equipados; él se había provisto de veinticuatro trajes. Iban en primer término doscientos cincuenta niños entonando canciones nacionales; seguían los perros, los carros y doce caballos de carga, montado cada uno por un mono y un hombre; luego venían los escuderos con los escudos y los caballos de guerra; después otros escuderos, los halconeros, los empleados de la casa, los caballeros, los sacerdotes, y, por fin, el arzobispo con sus amigos particulares. Figúraos aquellas procesiones y también aquellas comilonas, porque, desde la conquista (1), los normandos «han tomado de los sajones la costumbre de beber y comer con exceso»; en las bodas de Ricardo de Cornualles se sirvieron treinta mil platos. Podéis añadir que conservan su galantería, y practican punto por punto el gran precepto de las cortes amorosas: sabed bien que en la Edad Media el sexto sentido no andaba más ocioso que los otros. Notad, en fin, que menudean los torneos: es una especie de ópera puesta en escena por ellos mismos. De esa suerte marcha su vida aventurera y decorativa, paseada al aire libre y al sol, entre las cabalgatas y las armas: representan y gozan en representar. Por ejemplo: habiendo ido á Londres con cien caballeros el rey de Escocia (2), todos, echando pie á tierra, dieron al pueblo sus caballos con los soberbios caparazones, é inmediatamente cinco señores ingleses que allí había, siguieron su ejemplo por emulación. En medio de la guerra se divertían: Eduardo III (3), en una de sus expediciones contra-

(1) Guillermo de Malmesbury.

(2) Coronación de Eduardo I.

(3) Las prodigalidades y los refinamientos crecen hasta el exceso bajo su nieto Ricardo II.

el rey de Francia, llevó consigo treinta halconeros é hizo la campaña, cazando y peleando alternativamente (1). Otra vez, dice Froissart, los caballeros que se unieron al ejército llevaban un parche en uno de los ojos, habiendo hecho voto de no quitársele hasta no consumir proezas dignas de su dama. Por desenfreno de espíritu practican la poesía; por ligereza de imaginación juegan con la vida: Eduardo III mandó construir en Windsor una sala y una mesa redonda, y en uno de sus torneos de Londres sesenta damas, sentadas en palafrenes, conducen otros tantos caballeros con una cadena de oro, como en los cuentos de hadas. ¿No es ese el triunfo de las galantes y frívolas costumbres francesas? Su mujer, Felipa, servía de modelo á los artistas para sus Virgenes; se presentaba en los campos de batalla; escuchaba á Froissart que la proveía de sentencias y agudezas; diosa, heroína y letrada á un tiempo junto, y todo ello graciosamente, ¿no es la verdadera soberana de la caballería cortés? En aquel momento, como también en Francia bajo Luis de Orleans y los duques de Borgoña, desplegóse la más elegante flor de esa civilización novelesca, desprovista de juicio, entregada al placer, inmoral y brillante, y que, como sus vecinas de Italia y de Provenza, no podía subsistir por falta de seriedad.

De todas esas maravillas hacen ostentación los narradores en sus relatos. Ved esta pintura de la nave que lleva á Inglaterra á la madre de Ricardo: «El timón era de oro puro; el mástil era de marfil; las

(1) En las fiestas de la toma de posesión de Jorge Nevill, hermano de Warwick, Arzobispo de York, se consumieron 104 bueyes y 6 toros, 1.000 carneros, 304 terneros, otros tantos cerdos, 2.000 lechones, 500 ciervos, corzos y gamos, 204 cabritos, 22.802 aves salvajes ó domésticas, 300 barricas de cerveza, 100 de vino, una pipa de hipocrás y 12 marsoplas ó focas.

jarcias de verdadera seda, tan blancas como la leche; la vela era de terciopelo. Ese noble barco iba colgado por fuera de paños de oro... Había en ese navío caballeros y damas de gran poder; y dentro iba una dama brillante como el sol al través del cristal.» En tocando á esta materia, no acaban nunca. Cuando el rey de Hungría quiere consolar á su afligida hija, la propone llevarla de caza en un carro cubierto de terciopelo rojo, «con paños de oro fino por encima de su cabeza, con telas de damasco blanco y azul, matizadas de lirios. Los pomos serán de oro, las cadenas de esmalte. Tendrá ágiles caballos de España cubiertos hasta el suelo de terciopelo brillante. Habrá hipocrás, mosto, vinos de Grecia, vino moscatel, clarete, empanadas de venado y las aves mejores que pueden cazarse». Cuando haya cazado con el lebrél y el halcón, y esté de vuelta en la casa, encontrará «fiestas, bailes, cánticos, niños, crecidos y pequeños, que cantarán como ruiseñores; en su concierto nocturno habrá voces graves y voces de falsete, sesenta casullas de brillante damasco, llenas de perlas, con los correspondientes coros y el sonido de los órganos. Luego se sentará á cenar en un verde bosquecillo, bajo tapices bordados de zafiros. Para distraerla, cien caballeros bien contados jugarán á las bochas en las frescas calles de árboles. Luego vendrá una barca, llena de trompetas y clarines, con veinticuatro remos, para pasearla por el río. Después pedirá el vino aromatizado de la noche, con dátiles y golosinas. Cuarenta antorchas la acompañarán á su aposento; sus sábanas serán de tela de Rennes; su almohada estará bordada de rubíes. Cuando se halle acostada en su blando lecho, se colgará en su cuarto una jaula de oro donde se quemarán aromas, y, si no puede dormir, velarán por

ella toda la noche los ministriles.» He saltado varias cosas, porque hay una profusión excesiva; la idea desaparece como una página de misal entre las iluminaciones. En esas fantasmagorías y esplendores se complacen y extravían los poetas; y el tejido, como los bordados de su tela, lleva la marca de esa afición á lo decorativo: se compone de aventuras, es decir, de acontecimientos extraordinarios y sorprendentes. Ya es la vida del príncipe Horn que, arrojado muy joven en un navío, va á parar á la costa de Inglaterra, y, hecho caballero, marcha á reconquistar el reino de su padre. Ya es la historia de sir Guy que liberta á los caballeros encantados, parte al gigante Colbrand y desafía y mata al sultán en su tienda. No he de contar esos poemas: no son ingleses; no son más que traducciones. Pero aquí, como en Francia, pululan; llenan la imaginación de esa sociedad joven é irán exagerándose hasta que, descendiendo al último extremo de la insulsez y de la inverosimilitud, sean encerrados para siempre por Cervantes. ¿Qué diríais de una sociedad que por toda literatura tuviese la ópera con sus fantasmagorías? Pues una literatura de ese linaje es la que alimentó los espíritus en la Edad Media. Lo que piden no es la verdad, sino el solaz, el solaz violento y vano, con deslumbramientos y sacudidas. Lo que quieren ver á poco son viajes imposibles y desafíos extravagantes, una baraúnda de combates, un cúmulo de magnificencias, un laberinto de aventuras; de la historia interior no se curan; no se interesan por los fenómenos del corazón, lo que cautiva su ánimo es lo externo: permanecen como niños, con la mirada fija en un desfile de imágenes coloreadas y amplificadas, sin ver, por falta de pensamiento, que nada han aprendido.